

La imagen del cuerpo en la adolescencia, entre orientación y obstáculo[⊗]

Silvia Grases*

El cuerpo es una construcción que depende de un pasaje fundamental que Lacan denominó “estadio del espejo”. Se trata de que el bebé, entre los seis y los dieciocho meses de vida, puede reconocer su imagen en el espejo. Este reconocimiento tiene el carácter de un *acontecimiento*, puede darse o no, y tiene efectos estructurantes fundamentales en la constitución subjetiva. Cuando se da, va acompañado de un júbilo del pequeño que marca ese momento tan especial y que constituye la primera experiencia de goce en el cuerpo. Es el momento de producción de una identificación con esa imagen de unidad que da cuenta, además, de “ese momento inaugural de la inyección de goce en el cuerpo”.¹

Se trata, al mismo tiempo, de una ilusión, pues el *infans* no tiene realmente dominio de su cuerpo, su experiencia es la de un cuerpo fragmentado. El espejo le devuelve por primera vez la imagen de una totalidad. A pesar de su carácter ilusorio, esta imagen de unidad cumple una función, pues anticipa algo que todavía no está y, paradójicamente, es de esa manera como sienta las bases que permitirán que el cuerpo se construya.

Pero Lacan también va a destacar la experiencia de alteridad que la imagen del cuerpo conlleva. El *infans* se identifica a una imagen en el espejo que es vivida como “intrusión narcisista”.² La imagen en el espejo es “otro”. Connotada por el ideal, es la imagen de un semejante, pero también la de un rival.

En adelante, la imagen del cuerpo va a albergar siempre cierta extrañeza. Conserva un carácter “otro”. En efecto, la imagen es una apropiación, hay que apropiarse de ella, hay que hacer propia la imagen del espejo. Este paso que se cumple en el estadio del espejo requiere de una condición simbólica. Se trata del gesto del niño ante el espejo cuando vuelve su mirada hacia el adulto que lo acompaña y en el que busca el reconocimiento de la asunción de su propia imagen. El reconocimiento del Otro es necesario para que el *infans* pueda asumir la identificación con su imagen en el espejo y da cuenta de la incidencia decisiva del orden simbólico en esta operación.

Hay, por tanto, una articulación de operaciones a producir en el estadio del espejo. Es preciso un abrochamiento de lo imaginario y de lo simbólico para que la imagen se produzca y para que sea estable. Estas sutilezas permiten a Lacan explicar las dificultades que pueden darse en la percepción de la imagen del cuerpo en el ser hablante. La imagen del cuerpo no está asegurada, puede producirse o no. Y la naturaleza de su producción explica que pueda sufrir de diferentes alteraciones en su

⊗ En la edición impresa de *Enlaces* n° 31 continúa esta Sección donde encontrará los siguientes textos: “De lo sublime a lo ridículo: el paso del humor” de Blanca Sánchez, “El decir, el olvidado de la fiesta” de Joaquín Caretti, “El falo en el *Seminario 23*: ‘lo que verifica lo real’” de Mariana Gómez, “La insistencia de la causa” de Susana Amado, “Súbitamente me doy cuenta de su presencia” de Fernanda Otoni Brisset y “Extraño corazón” de Gerardo Ortega. Además sobre la misma temática encontrará el siguiente texto: “Desarreglos adolescentes” de Santiago Hormanstorfer.

* Psicoanalista (Barcelona). Miembro de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis (ELP) y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP). Docente del Instituto del Campo Freudiano (ICF).

percepción y efectos de despersonalización, y también que, en estas fallas o alteraciones de la percepción, se ponga en juego una alteridad intrusa.

La necesaria incidencia de lo simbólico en la constitución de la imagen implica que un movimiento en el campo del Otro puede hacer vacilar su consistencia. Los efectos se dan en el campo de investimento narcisista de la imagen y se experimentan en la cotidianidad. Uno no se ve siempre igual en el espejo. ¿Quién no ha hecho la experiencia de verse mejor o peor en el espejo dependiendo de su estado anímico? Bajo diversas circunstancias, la percepción de la imagen acusa cambios y el sujeto puede percibir su imagen más agradable o menos, más cercana al ideal o menos. Los cambios en las coordenadas simbólicas de la existencia pueden propiciar verse bien o verse cansado, guapo o feo, o viejo... Se producen también fluctuaciones como efecto de dichos del Otro, como “¡qué mala cara tenés hoy!”. Son oscilaciones en la percepción universales para el ser hablante, que tienen relación con cómo es construida la imagen del cuerpo. Son especialmente habituales en la adolescencia por la necesaria reacomodación del narcisismo.

Las perturbaciones que pueden aparecer en relación con la imagen también tienen relación con las incidencias del objeto *a*. Este objeto no es especularizable y, por tanto, no es apto para la yoicización, de forma que, cuando emerge en el espacio especular, es experimentado con extrañeza y puede producir angustia. Lo aprendemos de Lacan cuando, en el *Seminario 11*, da cuenta de la existencia de un campo pulsional, escópico, que no coincide con el campo visual, que lo excede. Lacan dice que la superposición de ambos planos nos acerca a la complejidad del fenómeno visual en el ser hablante. Miramos, pero también somos mirados desde el reflejo del espejo, desde el punto luminoso o desde la mancha. Lacan muestra que hay una esquizia entre el ojo y la mirada, es decir, que hay un campo visual que se corresponde con el órgano de la visión, pero también hay un campo que denomina “escópico” en el que la mirada es objeto pulsional. Lo ilustra con una anécdota suya.

Se trata de un suceso que vivió cuando era un joven de veinte años. Por entonces, le gustaba acompañar a una familia de pescadores en su barca. Un día, un miembro de la familia, al que llamará Petit-Jean, le muestra una lata de sardinas flotando en el mar, que brilla bajo el sol, y le dice, divertido: “¿Ves esa lata? ¿La ves? Pues bien, ¡ella no te ve!”.³

Lacan no lo encuentra tan divertido. La razón es que en ese momento él es mirado por la lata de sardinas, lo que provoca que se capte a sí mismo como una mancha en el cuadro. El cuadro es el de la familia de pescadores que se gana el pan con esfuerzo, mientras que él es un joven intelectual que está allí por placer. El sujeto del deseo que es el joven Lacan es sorprendido por la mirada, que es del orden del campo escópico, pulsional. Esta mirada puesta fuera lo concierne y lo hace captarse como mancha en la armonía de la escena, le hace notar lo extraño de su presencia allí. El punto luminoso mira al sujeto y le devela su condición de sujeto deseante y, por tanto, su relación con el goce pulsional y con la castración.

Esta anécdota del joven Lacan enseña sobre la complejidad de la relación de cada ser hablante con su propia imagen al develar el campo pulsional en juego. Una dimensión que cobra protagonismo en la adolescencia por el reacomodo narcisista que el joven ha de operar para producir su propia salida.

Salidas de la adolescencia

Hoy se ha producido una dilatación de la adolescencia y una postergación de las salidas, que solo pueden darse uno por uno. Si retomamos la afirmación de Miller en relación con que el Ideal del Yo del niño se pasea por fuera,⁴ salir del tiempo de la adolescencia supone una operación sobre el Ideal del Yo. El joven deberá acceder a una orientación propia, poner su deseo y su goce en juego en una nueva apuesta. Habrá que ir más allá del padre, pero no sin él. Para que pueda producirse esta operación, cada joven deberá operar una separación respecto a los ideales paternos, pero estos tienen que haber sido, tienen que haber podido operar una orientación respecto de la cual el joven podrá acceder a su propia posición. Está en juego una separación y una elección de vida, con la que el joven se hace cargo de su síntoma, que no es sino una respuesta al encuentro con la ausencia de relación sexual.

En este tiempo, la imagen cobra un valor determinante para el adolescente. Esto sucede, precisamente, cuando se pone de manifiesto la falta de relación sexual. Ante ella, el ser hablante solo cuenta con su imagen para orientarse, a diferencia del animal que tiene imágenes prefijadas por el instinto y sabe lo que tiene que hacer. Entonces, el adolescente contará con la imagen que haya podido construir a partir del estadio del espejo. Por tanto, lo que haya sucedido en este será fundamental, ya que ahora será “revisitado” bajo nuevas exigencias. Se pone así en juego una dimensión en la que la imagen y sus vicisitudes devendrán tanto orientación como obstáculo.

Bibliografía

- Bassols, M. “Cuerpo de la imagen y cuerpo hablante”, *Congreso AMP*, 2016 [en línea], en <https://www.congressoamp2016.com/pagina.php?area=8&pagina=38&lang=en&lang=es>
- Lacan, J., “Los complejos familiares en la formación del individuo”, *Otros escritos*, Paidós, Buenos Aires, 2012.
- Lacan, J., *El Seminario, Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1984.
- Miller, J.-A., “Interpretar al niño”, *Nueva Red Cereda* [en línea], en <https://nuevaredcereda.es/wp-content/uploads/2024/02/2o-Interpretar-el-nino-J.-A.-Miller-2013.pdf>

Notas

- ¹ Bassols, M. “Cuerpo de la imagen y cuerpo hablante”, *Congreso AMP*, 2016 [en línea], en <https://www.congressoamp2016.com/pagina.php?area=8&pagina=38&lang=en&lang=es>
- ² Lacan, J., “Los complejos familiares en la formación del individuo”, *Otros escritos*, Paidós, Buenos Aires, 2012, p. 52.
- ³ Lacan, J., *El Seminario, Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1984, p. 102.
- ⁴ Miller, J.-A., “Interpretar al niño”, *Nueva Red Cereda* [en línea], en <https://nuevaredcereda.es/wp-content/uploads/2024/02/2o-Interpretar-el-nino-J.-A.-Miller-2013.pdf>